

TRAGEDIA.

EL TANCREDO.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

6-2 *

Argiro.
Tancredo.
Amenaida.
Orbasán.
Loredano.



Catán.
Aldamon.
Fánia.
Varios Caballeros.
Escuderos, Soldados, y Pueblo.



ACTO PRIMERO.

Junta de Caballeros, sentados en medio círculo.

I Lustres vengadores de Sicilia, Caballeros, que honrando así mis años, quereis juntaos en mi propia casa à tratar de expeler nuestros tiranos, y formar un Imperio floreciente. Mucho ha que Siracusa está llorando nobles designios de un valor inutil, sin debida sazón manifestados. Marchád contra las lunas agarénas: tiempo es de que se salve del naufragio el mas dulce, el mayor, el bien postrero que ya nos queda, el fuero mas sagrado de almas como las vuestras generosas, la libertad en fin, à que aspiramos. Actualmente dos grandes enemigos de esta insigne Republica, contrarios al derecho de todos las naciones, y à la felicidad de los humanos; los Cesares de Oriente, los soberbios Musulmánes intentan su tirano yugo imponeros. Entre si disputan estos que el Orbe usurpan arbitrarios, la gloria de ceñirnos sus cadenas. Los Griegos à Mecina avasallaron. El atrevido Solamir domina desde Arigento los feráces campos que Etna corona, y para Siracusa todo era à la razón fatal presagio.

Pero entre si envidiosos, convirtiendo nuestros perseguidores en su daño las armas destinadas à extinguirnos, en beneficio nuestro han peleado. Por disputar la presa, ya los vemos sin vigor, y los Cielos apiadados, à nuestra libertad abren oy senda propicia es la ocasion. No lo perdamos. En su postrer período se halla el poder sarraceno, y ha empezado Europa à no temerle qual solia. Carlos Martél en Francia, un D. Pelayo en España, un Leon en Roma, muestran de divino valor armado el brazo, como esta hidra domeñar se puede. Bien sé que Siracusa se arde en vandos. Que se halla vacilante, y casi esclava. No es mi animo aquel tiempo recordaros en que contra nosotros delinquentes volvimos los azéros; y el estado vertió la sangre de sus propios hijos. Antes pretendo queden olvidados desde oy nuestros rencores, nuestras iras. Reyne, Orbasán, en los Siracusanos solo un partido, cuyo objeto sea el bien comun. Dichoso yo, si acaso con nuestra union revive ya la patria. Y pues que en otro tiempo pudo el mando de iguales nuestros inspirar envidias, oy unánimes todos resolvámos morir y vivir libres, sin que nadie logre jamás llamarnos sus vasallos.

A

Orb.

Orb. Si, Argiro. Ah mucho que entre nue-
tras casas,
dura el encóno que turbó el estado.
Ya solo aspira à unir los Orbasanes
Siracusa à tu sangre en firme lazo.
Protejámonos oy el uno al otro.
Qual buen patricio, à tu hija doy la
mano.

Y al publico sirviendo, à ti, à tu casa,
desde el altar apenas desposado
voy contra Solamir, corro à vengarte.
Rendir no basta al Moro. Otros contrarios
mas terribles tuvimos, que de un pueblo
servil quizá oy en dia son amados.
¿Quien concedió derecho à los Franceses.
de avvicindarse en nuestro clima patrio?
A un Euci; de las margenes del Sena,
¿quien à las de Siracusa nos le traxo?
primero humilde se ofreció à servirnos:
altivo supo luego avasallarnos:
despues sus descendientes, poderosos
con herencias quantiosas que juntaron,
los animos concilian, se hacen dueños
de los votos de un pueblo deslumbrado.
Y en desdóro del lustre de mi casa,
se atreven à usurpar aganos lauros.
Dimos por fin, castigo à tal arrojio.
Y à pesar de los muchos partidarios
de la faccion de los Eucies, vemos
de esta orilla à sus nietos desterrados.
Tancredo, aquella rama de la estirpe
siempre fatal, muy niño fué alejado
de Siracusa. Dicen que ha servido
en campañas al Cesar de Bizancio.
Es orgulloso, y ofendido se halla.
Nadie puede negarle lo vizarro.
Nuestras leyes detesta vengativo,
y no hay francés que despreciar debamos;
pues hemos visto en nuestra edad, que
solo
tres escuderos pobres, sin amparo,
hijos del frio seno de la Neustria,
tomando patria en los Apulios campos,
sin mas derecho que el que dán las armas,
echan sus dueños, se hacen potentados.
Arabes, Griegos, Francos y Alemanes,
todos inféstan con ruinoso estrago
nuestras campañas por su mal fecundas,
y la codicia atrahe desde el austro,
Oriente y Norte enxambres de vandidos:
defendernos es fuerza, y aun vengarnos.
Mas de una vez se ha visto Siracusa,
expuesta à la traición, à infieles lazos.

Nuestra ley conservemos inmutable,
ley que prescribe sea despojado
de honor y vida aquel que mantuviere
con nuestros enemigos algun trato
contra la patria. La blandura anima
à la maquinacion, al atentado.
No se perdone ya ni edad ni sexo...
¿En que estriva el dominio soberano
de Venecia? en la cauta desconfianza,
en la severidad. Oy castigando
à qualquier delinquent, Siracusa
imite recte aquel sistéma sabio.
Lor. Ciertó que es afrentoso, que en Sicilia
numere Solamir sequazes tantos
en nuestros dias. Solamir, un Moro
que à Moros manda; y deplorable caso,
que en Isla tan guerrera, tan christiana,
y entre nosotros tenga de su vando
à infinitos, vendidos al coécho.
Ya tratan nuestra ruina allá en Bizancio
ya logra introducir en Siracusa
disponiendo la guerra, mientras falso
la paz ofrece; y para desunirnos,
procura de mil modos engañarnos.
Tambien le aclama un sexo peligroso,
cuyo debil capricho tiene mano
absoluta en un vulgo todavia
mas debil: ese sexo que con pasmo
admira siempre novedades y heroes.
¿No reparais que ya los ciudadanos,
se emplean en las artes seductoras
à que dedica Arabia su conato?
artes dañosas con que los hechizan:
artes que noblemente desdénaron
admitir nuestros inclitos abuelos.
Nuestra arte sea vencer, solo esta alabo.
Espero en mi valor. Del vuestro fio.
Y la severidad austera aplaudo,
que ha de vengar la libertad y leyes.
Bastó un traydor para poner en manos
de viles Moros à la rica España.
Entre nosotros nace à cada paso
no un traydor sino muchos, y conviene
que tanta iniquidad tenga su pago.
Prefiera à la piedad el bien de todos.
Y Solamir vencido, proscribamos
à aquel Tancredo en cuyas venas late
la sangre, que odia el buen Siracusano
à aquel que debe sernos mas temible.
Su patrimonio por decreto sabio
à Orbasán transmitimos justamente,
confundiendo por fin à los contrarios
que siguen en secreto el fatal nombre
de

*Argiro y Orbasán.**Arg.* Soy valiente Orbásan, por fin tu padre.Depusiste el rencor de tus agravios?
hallare afecto de hijo en ese pecho?
con tu amistad podré contar acaso?*Orb.* Argiro, lo repito. Amo à la patria.
Ella nos reconcilia, y oy à entrambos
el parentesco y la razon nos une.Nunca hubiera tenido efecto el lazo
que reciprocamente nos estrecha,
si en ti, Señor, no hubiese yo estimado
la virtud à pesar de enemistades,
que oxalá borre el tiempo de sus fastos.Amor podrá añadir sus eslabones
à mi nueva cadena. Mas tan alto
himeneo no debe ser resulta
del ardor de un instante, que engendrando
indiferencia, y aun à veces odio,
en otro instante se verá apagado.Aquesto pecho que la patria incita
adquirir fama en los marciales campos
no acierta à suspirar entre zozobras.Con mi consorcio intento serte grato.
Unir qual convenia nuestras casas,
restablecer el lustre del estado.Volver por tu interés y por el mio.
Frustra su hechizo el amoroso encanto,
quando intervienen tan supremos fines.Amor podrá esmerarse en sus regalos,
mas calle aqui al estruendo de las armas.*Arg.* Esa entereza militar alabo:
pero lo ingenuo agrada, no lo adusto.Tu consorte con finos agasajos,
espero aplaque ese animo terrible.No basta ser guerrero. El suave trato
realza las virtudes, y conviene
al valor. Amenaida, allá en Bizanciocriada en nuestros tiempos borrascosos
fué por su madre desde tiernos años:
y bien conocerás, que acostumbradaà modales y estilo cortesano,
asustarse pudiera, si al principio
de ti se viese recibida acasocon feróz ceño y rigida estrañeza.
Tratala con blandura, con alhago.Y perdona, Orbásan, estos consejos,
como que son de un padre y de un anciano.*Orb.* Tu eres quien debes perdonar mi dura
condicion. En los reales me criaron
lexos de la ficcion y la apariencia.
Propuse aquel inutil aparato

de ese Tancredo. A ti, Orbasan gallardo,
te tocan sus riquezas: sean tu dote
tu recompensa. *Cat.* Todos lo firmamos.
Viva opulento en una Corte odiosa
Tancredo, y logre su valor aplausos.
Nada que pretender aqui le quede.
Pues eligiendo à un despota por amo,
renunció toda accion à nuestros muros.
Pierda toda esperanza, y à un esclavo
de los Cesares nunca se permita
poseer nada entre republicanos.
Columna es Orbasan de nuestras leyes;
y quanto hace por él oy el estado
que en sus hombros sustenta, es muy de-

bido.
Dixe mi parecer. *Arg.* Ya le declaro
esposo de Amenaida. Amor la tengo.

Mas no quisieta despojar por ambos
à un huérfano forzado de mi voto.

Bien lo sabeis. *Lo.* Culpais quizá al Senado?

Arg. No: el rigor aborrezco; pero siempre
en rendirme à la ley he sido exacto,
y el comun interés he preferido.

Orb. Bienes son de la patria todos quantos
concederme intentais, y corresponde
que solo se adjudiquen à su erario.

Ni tan corta merced pretendí nunca.

Arg. Basta... Y oy mismo quede executado
este nupcial ajuste. Resplandezca

mañana el dia alegre en que esperamos
conozca Solamir no es invencible.

Solamir arrogante, ese africáno;
caudillo de unas gentes destructoras.

Ese, que siendo en todo tu adversario,
con promesas de paz quiso llamarse

mi yerno, y creyó así dejarme honrado:
de tu competidor sal victorioso.

Alerta Caballeros. Ya mis años
me privan de la gloria de regiros.

Y pues fais tan superior encargo
à mi yerno Orbasán, seguir me toca
en mi vegéa vuestros heroycos pasos.

Estar donde vosotros, es mi anhelo.

Mi corazon espíritus vizarros
de nuevo adquirirá: serán mis ojos

fieles testigos de ese esfuerzo raro.
Y espero os habrán visto vencedores,
quando la parca atróz llegué à cerrarlos.

Or. A vuestra orden, Señor, combatirémos,
seguros de alcanzar inclito lauro:

Pues la gloria del triunfo nos aguarda,
à la de dar la vida à vuestro lado.

Vanse los Caballeros.

de urbanidades falsas, aquel arte de adular y los usos de Palacio, à la virtud severa de costumbres Republicanas; pero cuna y grado sé respetar en un amable objeto, que te ha debido. Y me preparo à merecer su amor con mis caricias: à estarte siempre en ella contemplando: à honrar con ella mi persona propia.

Arg. despues de haber mirado àcia el foro.
Arg. Aquí viene obediente à mi mandato.

SCENA III.

Argiro, Orbasán y Amenaída.

Arg. La dicha de la patria, los ardientes votos de Siracusa congregados, tu padre, el Cielo esposo te destinan, sin que haya excusa que alegar à tantos preceptos reunidos. Este noble Caballero, que se ha reconciliado conmigo, para gloria de la patria, acaba de admitir de mi tu mano. Ya su nombre, su clase y fama sabes. En Siracusa poderoso, el mando del exercito tiene. Los derechos del Tancredo, que en él oy subrogamos.

Ame. De Tancredo! *ap.*

Arg. Es lo menos que realza el esplendor de este nupcial contrario.

Orb. Grande honra de él, Argiro, me resulta. Y la amable presencia de ese raro prodigio de belléza en mi alma añade quilates al valor del bien que alcanzo. Logre yo mereciendo tu asistencia, y el si à que aspiro del hermoso labio, coronar nuestras mutuas esperanzas.

Ame. Padre, bien sé la parte que has tomado siempre en mis males. Sé que solicitas mi dicha en todo. Asi lo estás mostrando en darme por esposo un Héroe ilustre. Y apenas las discordias que inquietaron tus importantes dias, terminadas por tu cordura en fin à ver llegamos, quieres que tu hija digna prenda sea de union de que dimanar bienes tantos. Mas, ò Orbasán, permite que Amenaída opresa desde niña por los hados, y ahora con la nueva que recibe; confusa y entregada al sobresalto que es justo la ocasion, se retire al seno de su padre, un breve rato.

Orb. Asi, Señora, corresponde. Y lexos de mostrarse Orbasán jamás contrario

de afectos tales, dignos de su aprecio; si osase distraerte de cuydado tan legitimo, juzga abusaria del derecho de esposo: mis soldados dejo en campaña, à acaudillarlos vuelvo. No basta el logro de esa bella mano. Merecerla es preciso. La victoria merecedor me hará. A coger sus lauros ya mi valor al punto, y en las fiestas de nuestra boda servirán de ornato. *vase.*

SCENA IV.

Argiro y Amenaída.

Arg. Lacrimosos los ojos, y turbada apartas de mi el rostro con espanto! tus suspiros me ofenden, y acreditan que es muy difícil obedezca el labio, si el corazon repugna.

Ame. en mi conflicto, es fuerza confesarte, que no alcanzo como despues de tan tenáz discordia, tú y Orbasán seais de un mismo vando. ¿ Quien me dijera à mi que yo debia uniros à los dos, y que en mis brazos veria al enemigo de mi padre? jamás olvidaré que profanaron nuestra casa las guerras intestinas, que huyendo del peligro à bien lejano suelo, tuvo mi madre que ausentarse; que con ella privada de tu amparo, viví yo mucho tiempo, padeciendo sus tristes infortunios en Bizancio. La adversidad probé desde la cuna. Errante con mi madre y à su lado, destierro y proscripcion padecer supe; supe tambien sobrellevar el vano acogimiento de una altiva Corte. Supe disimular hasta el engaño de fingida piedad, peor que el desprecio. Noblemente exeltada entre los varios reveses de una suerte tan humilde, perdí à mi madre; y entregada al llanto me hallé en el mundo sola, sin abrigo, qual debil caña en descubierta campo. Trocóse tu destino. Siracusa perturbada con nuevos sobresaltos, te vuelve tus riquezas, tus honores, y confiriendo à tu pericia el mando de sus armas, consigue finalmente echar de su recinto à los tiranos, Restituida ya al paterno seno; del qual me habian antes desterrado las desgracias; preveo que à mi vuelta han de asaltarme en él mayores daños.

Mi padre enciende el hacha de himenéo;
 y el fin conque la enciende bien alcanzo.
 Victima fui, Señor, de tu enemigo.
 También à serlo tuya vengo al cabo.
 Y quizá será oy de nuestros dias,
 el dia mas terrible, el mas infausto.
 Arg. Antes bien será prospero, no temas.
 Yo te quiero, y tu gloria está à mi cargo.
 Debo vengar la afrenta y grave injuria
 que Solamir me hizo, quando en cambio
 de la paz que ofrecia, à proponerme
 le admitiese por yerno llegó esado.
 Oy te destino al héroe, que dirige
 à triunfar de él sus animosos pasos:
 al mas grande de todos los caudillos:
 à quien nuestra defensa ha armado el
 brazo:

mi emulo en otro tiempo; ya mi apoyo.
 Ame. Qué apoyo! de que le alabes tu me es-
 panto

su elevada fortuna; mas humilde
 la quisiera mi pecho moderado.

Quisiera yo que un héroe tan altivo
 y poderoso, à la inocencia ufano
 no despojase para engrandecerse.

Arg. Oy el consejo riguroso y sabio
 en Tandredo castiga à una estrangera
 estirpe, que abusó por tiempo largo
 de su poder... Bien sabes que son muchos
 sus enemigos.

Ame. Padre, ò yo me engaño,
 ò aun aman à Tancredo en Siracusa.

Arg. Sus heroycas empresas admirámos.
 Dicen que ha reducido ya la Yliria:
 pero quanto mas él milite baxo
 las aguilas Cesareas, menos debe
 confiar en volver al suelo patrio.

Para siempre un decreto le destierra.

Ame. Tancredo para siempre desterrado!

Arg. Temida es su presencia en Bizancio:
 Y baste le hayais visto allá en Bizancio:
 para que sepas que es nuestro enemigo.

Ame. No le creía tal. Bien al contrario
 vencedor de los Moros le juzgaba
 mi Madre, y de la Patria firme amparo.

Y quando à sugeriones ambiciosas
 de ese Orbásan, infieles Ciudadanos
 te oprimieron quitandote tus bienes;
 por ti hubiera mil muertes arrostrado
 Tancredo. Esto señor no mas, sabia.

Arg. Basta Aménaida: sigue sin retardo
 el dictamen de un Padre, y considera
 la situacion, los tiempos en que estamos.

Aqui se mira ya con igual ódio
 à Tancredo, à la Corte de Bizancio,
 ya Solamir. Si quieres, hija mia,
 ser dichosa, obedece. Sesenta años
 por el estado combatí animoso.
 Injusto le serví, le amé aunque ingrato.
 Asi pensar hasta morir me toca:
 mis afectos imita. Antes que el plazo
 de mis dias se cumpla, dá à estas canas
 este consuelo que de ti esperaron.
 Cerca está de su termino mi vida.
 Siga la tuya mis honrosos pasos:
 vive dichosa, y moriré contento.

Ame. Padre mio; de dicha no hables tanto.
 No echo yo menos la Cesarea Corte:
 Mi corazon y vida te he entregado.
 Pero te ruego que por breves dias
 no dispongas de mi. Señor, reparo
 que à Orbásan te sugetas mucho: juzgas
 eterno su poder? su ruina aguardo:
 todo muda, y quizá fuera de tiempo
 se cree ya tu yerno y mi tirano.

Arg. Que es esto? dí.

Ame. Mi ingenuidad conozco
 te ofende, y te parece desacato.
 Respetado mi sexo allá en las cortes,
 casi en vuestra Republica es esclavo:
 aqui muda obediencia le prescriben,
 si cultos le tributan en Bizancio.
 Los Musulmanes con prolixo yugo,
 trastornando à Sicilia, desterraron
 sus costumbres suaves. Mas quien pueda
 tu paterna bondad haber mudado?

Arg. Tu sola, tu; que tanto abusas de ella.
 Absorto de quanto oygo de tu labio,
 dilacion te permito, no repulsa.
 Nadie podrá romper este contrato.
 Mi palabra está dada. Y echo indigno
 será faltar à ella. Infelíz astro
 me domina! en créerlo asi no erraste.
 Jamás deseos mios se lograron:
 ni he vivido un instante sin tormenta.
 Cesad, ò melancolicos presagios!
 y suerte mas benigna que su Padre,
 tenga la hija con el nuevo lazo.

SCENA V.

Aménaida sola.

Ame. Tancredo, dulce amante! qué! perjura
 te habia de ser yo por tu adversario,
 y mas cruel que el mismo! yo vilmente
 con tu opresor tu herencia desfrutando,
 habia de:::

SCE-

SCENA VI.

*Amenaida. Fania.**Ame.* Ven ven, querida Fania.

Escucha de mi vida el postrer fallo.

Fa. Por asposo à Orbásan me dá mi padre!*Fa.* Sé que debe costarte gran quebranto obedecer. Conozco la firmeza de tus afectos, y su digno blanco.

¿Qué rigores la suerte, que atractivos tuvo jamás la Corte, que tus pasos de la senda escogida desviasen?

tu pecho diste, y para siempre dado.

Tancredo y Solamir secretamente tu beldad à porfia idolatrarón.

Pero el que justamente distinguiste,

y mereció tu inclinacion por lauro,

el que en Constantinopla preferido

fué de ti à Solamir; al mismo paso

oy lo será à Orbásan en Siracusa.

Eres constante... *Ame.* Qué?

puedes dudarlo?..

de bienes prian, con destierro ultrajan

à Tancredo. Que no es en héroes raro

un injusto destino: ya conozco

que el mio es de adornarle en mayor grado.

Echándose está menos su presencia.

El pueblo le ama; y...

Fa. En sus tiernos años

expuso de la patria, los amigos

de su olvidado padre, abandonaron

bien presto al hijo à su contraria estrella.

En tanta ausencia tu firmeza extraño.

Solo el proprio interés tienen los grandes

por fixe norte. El pueblo es mas humano.

Ame. Y mas justo tambien.*Fa.* Mas yace oprimido;

y no se atreven nuestros partidarios

à hablar por un proscrito, temerosos

del poder absoluto del Senado.

Ame. Si. Grande es su poder, quando está ausente*Tancredo. Fa.* Todavía yo, si acaso

tan lejos no estuviese, esperaria...

*Amenaida à Fania.**Ame.* Amiga, sabe pues, sabe el arcáno:

de tí me fio. Cerca está mi amante.

Y pues indignamente acumulando

tiránias, pretenden alejarme;

aparezcase, y llenélos de pasmo.

Tancredo está en Mecina.

Fa. Y es posible,

que à su vista te dén à su adversario?

Ame. No temas que de él sea: un dueño mismo,

tendrán oy Amenaida y sus tiranos.

Vén, te lo diré todo. Nada temo.

A romper tal vil yugo me preparo,

que solo el nombre de Tancredo anima

mi flaqueza. Delito el mas vastardo

seria desistir de sus impulsos.

Baxeza obedecer à sus contrarios,

Si viene aqui mi amante, por mi viene,

que no lo desmerezco. Y entregando

como tímida esclava mi persona

que es de él unicamente à su tirano,

yo victima inocente, ¿trocaría

una infidelidad en méro acto

de obligacion? à Fania! à nuestro sexo

inspira amor aliento extraordinario:

A mi me toca acelerar la vuelta

dichosa de Tancredo: ni me espanto

de peligro ninguno, porque todos

naciendo del amor me serán gratos.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

*Amenaida sola.**Ame.* A donde voy?. de que me aterrorizo?...

de que agitada?... yo remordimientos!...

Solo el delito debe ocasionarlos.

Justa es mi causa, protegedla, Cielos!

Nada ay que tema... *A Fania que sale.*

Estoy obedecida?

Fa. Tu carta dí al esclavo, y partió luego.*Ame.* Bien sé pende oy mi vida de su len-

gua;

mas siempre me ha servido con fiel zelo.

Todo asi à un infelíz suele deberse:

aqui nació, de un Musulman es nieto:

ambos idiomas, ambas leyes sabe.

Conoce el campo de los Sarracénos

y las sendas reconditas del Etna,

cambiarán mis destinos por su medio.

El descubrió que ocultamente estaba

en Sicilia de vuelta ya Tancredo.

Mas temeroso de perjudicarle,

si emprendiese ir à verle, con acierto

juzgó debia solo darme aviso.

Mi carta à un moro entregará, y espero

llegue à Mecina antes que rompa el alva.

Las urgencias de Moros y de Griegos

han mantenido en tan prolixa guerra

un trato mutuo indispensable entre ellos.

Naturaleza asi à los hombres une.

Fa.

Fan. Peligrosa es la empresa: pero el riesgo juzgo menor, pues omitir supiste cuerda en tu carta el nombre de Tancredo. Aquel temido nombre, al qual se postran los demás nombres todos, que con radio nuestros tiranos oyen; aquel nombre que dulcemente amor grabó en tu pecho. Mas si en tu idea siempre está, has sabido al escribir callarle por lo menos. Y aunque lleven tu carta al campo Moro, nada colegirán de su contexto.

Jamás procedió amor con tal prudencia. Jamás vistió tan misterioso velo, ni sin temeridad fué tan osado; mas con todo algun mal estoy temiendo.

Ame. Dios hasta aqui parece me protexe. Y he de temer enviandome à Tancredo?

Fan. En otra parte su piedad os junte: el odio, el interés de furor ciego contra él están armados. No se atreven à romper sus parciales el silencio.

¿ Quien sostendrá su causa?

Ame. Quien? su gloria.

Un héroe perseguido con su aspecto gana los corazones; y su vista enciende en todos vengativo fuego.

Fan. Si; pero su adversario es muy temible.

Ame. Désecha ya el terror y el vano empeño de infundirmele. Acuérdate que à entrambos

mi madre nos unió quando el aliento iba à faltarla. Que Tancredo es mio.

Que no ay contraria ley que en los deseos ni en los afectos de los dos arbitre.

La larga ausencia de este infausto suelo llorabamos, y allá desde los muros

Césareos à pesar de su embeléseo, tristemente volvíamos los ojos

à estos amados campos que oy detesto.

Que agena estaba yo, de que la suerte al tirano opresor de mi Tancredo

legaba à destinarme por esposo!

que agena de que en dote en algun tiempo

me ofrecia los bienes de mi amante,

el mismo usurpador de todos ellos!

¡ Opa aquel la injusticia, y de mi boca

¡ Opa su perdición y mi tormento,

¡ Opa y no tarde à defender su causa.

¡ Opa para vengar à un héroe, quanto debo

¡ Opa executo, y aun si mas pudiese,

¡ Opa haria: à mi padre adoro y temo,

respetando su edad; pero quisiera armar contra Orbásan todo este reyno que el tiraniza con estilo improprio de valiente y de noble Caballero.

Aspira codicioso à ilustra nombre.

Aspira à protector de un pueblo esento.

Mi infamia el inhumano determina, y mi padre la admite y la echa el sello.

Consentirla podré? ¿ podré entregarme à un tirano, que piensa que su lecho

dá honor à mi persona? Siracusa

huye la tirania. Pero entiendo

que la mayor es la que exerce ahora

intentando se rindan à su Imperio

el odio y el temor, la que pretende

en un dia, trocar nuestros afectos...

decidalo la suerte. *Fan.* Discurria

que estabas recelosa. *Ame.* No rezelo.

Fan. Contra Tancredo oy dicen se promulga

una dura sentencia. Que se ha impuesto al transgresor la pena de la vida.

Ame. Ya lo sé; y al principio sintió el pecho

el mayor sobresalto. ¿ Mas que debil

es el amor que se detiene en riesgos!

y pues à un héroe intrepido idolatro,

por mi parte me toca tambien serlo.

Fan. Podrá extenderse à tí ley tan severa?

me persuado no lleve mas objeto

que amedrentar el vulgo. Pues...

Ame. Con todo,

es ley contra mi amante y la condeno

En fin dictada por los que oy nos mandan.

No asi los valerosos Caballeros

sus ascendientes inclitos ganaron

en Italia las almas y los Reynos.

Su lisúra en el trato era estimada.

Temíase el rigor de sus azeros.

Nunca abrigaron las sospechas viles,

y el pundonor con vínculos estrechos

à tan grandes caudillos reúnia,

encaminando todos sus rezelos

al comun enemigo. Los vasallos

gustosos de servir à tales dueños,

peleaban valientes por su gloria,

Y por la propria libertad à un tiempo.

Asi humillan al Griego, al Moro vencen.

Mas ay un Senado sospechoso vemos

que respisa venganza, que es odiado,

y que hasta de si mismo tiene miedo.

Posible es que la llama que me enciende,

me deslumbre tambien. Pero Tancredo

solo me agrada, y quanto de el no sea, aborrecible me parece: el resto de los mortales para mi no existe. El eco de su nombre me dá aliento. Solo enojo me inspiran sus contrarios. Y la suerte propicia... Mas que veo? Fania, no adviertes.. que será?

Fan. Lo ignoro.

SCENA II.

Argiro. Los Caballeros, en lo retirado del foro: Amenaida, Fania, delante del teatro

Argiro y Amenaida.

Arg. Retirate de aqui.

Ame. Tu, ese precepto! que, Señor.. Padre...

Arg. Ya no eres mi hija.

Huye de mi à esperar el justo premio de tus ocultas iras. Alevosa!

tu apresuras mi muerte. Vete lexos. Otra mano sabrá cerrar mis ojos.

Ame. Qué angustia! à donde estoy! tenme que muero.

Ayudala Fania, à retirarse; sosteniendola.

SCENA III.

Argiro y los Caballeros.

Arg. A vosotros, Señores, corresponde tomar resolucion en tal delito.

Bien conozco la injuria que se ha echo al estado, à vosotros; mas vacilo entre la ley y el tierno amor de padre.

Y no pretendereis que yo afligido, una tambien mi voto à lo que os dicte la justa indignacion. ¡Cruel martirio!

no creo que Amenaida esté inocente: mas tampoco querreis firme yo mismo con su muerte mi oprobrio. Ni cabria en mi este riguroso sacrificio,

tan repugnante à la piedad parterna.

Lor. Todos, Señor, de ti compadecidos, tememos renovar tu sentimiento, Pero en tus manos propias has tenido la carta que llevaba à los reales de Solamir con fines tan iniquos, aquel esclavo: alli ya descubierta, murió por no entregarla; y sus designios bien se manifestaron: Siracusa perdida estaba ya: nuestro peligro y el juramento echo no nos dejan para usar de indulgencia algun arbitrio. La ley es sorda à la aficcion de un padre. Habla el estado, y todos nos rendimos.

Arg. Ya os entiendo. Ya veo lo que espera à Amenaida infeliz. Mas solo os digo que era hija mia, y que está aqui su esposo.

A vosotros recurro en tal conflicto. Y lleno todo el pecho de amargura, à morir antes que ella me retiro. vase.

SCENA IV.

Los Caballeros.

Cat. La orden de prenderla ya está dada, Lastima causa vér tan gran nobleza gracia, atractivo y tan tiernos años. Las esperanzas y la union perpetua de dos illustres casas en la tumba por siempre sepultadas con afrenta. La religion, la fé del himenéo pronuncian inflexibles la sentencia. Y es debida à la patria esta venganza. Llamarla infiel à un Estrangero! Grecia y Sicilia tubieron individuos, que à pesar de la gloria, y de la excelsa calidad de christianos, se apartaron de nuestras leyes con infamia eterna, por esos Musulmanes vencedores en todas partes, y que en todas ellas nuestros tiranos son.

Mas que Amenaida, A Orbásan. hija de un Caballero de alta esfera, quando iba à ser tu esposa, y dirigia los pasos al Altar, medite empresa tan arrojada?... Siracusa, os pide, Señores, la venganza mas tremenda.

Lor. Siento decirlo: mas su muerte es justa. El lustre mismo de su estirpe aféa su culpa mucho mas. ¿Ay quien ignore lo que ambicioso Solamir intenta? su amor, ni sus designios temerarios? ¿à quin se oculta la sagáz destreza con que engaña halagueño? aquella astucia

que ojos deslumbra y animos sujeta? Amenaida esta carta le escribia. Reynar en Siracusa! Manifiesta se vé la trama en solo estas palabras. Lo demás permitid que no lo lea: por honra de Orbásan rubor inspira. Qué Caballero habrá que salir quiera segun la antigua usanza à hacer alarde de su valor en tan marcial palestra para justificar à esa infelize exponiendo su gloria à contingencias?

Cat.

Cat. Noble amigo, tu injuria conozcemos qual tu proprio: borremosla en la guerra. Un crimen grande rompe las coyundas de himenéo: destierra de tu idéa à esa falsa muger, cuyo castigo no te ofende Orbasán, antes te venga.

Orb. Si agravio no, consternacion me causa. Mas quien viene? ella es: la llevan presa à la obscura mansion de los malvados! ah! que sonrojo! que furor!.. que ofensa! dexadme hablarla.

SCENA V.

Los Caballeros delante del teatro.

Amenaida, en lo retirado del foro, rodeada de Soldados.

Ame. ¡O Dios omnipotente! A Amenaida no niegues tu asistencia en este trance. Sabes el objeto de mis desos; sabes la pureza de mi intencion. Tan grave es mi delito!

Catán à Orbasán.

Cat. Hablar con esa infiel! aun quieres verla!

Orb. Si, Catán.

Catán à los Caballeros.

Cat. Vamos pues.

Pero no olvides, *T luego à Orbasán.* que las leyes, honor y Altares quedan altamente ofendidos. Que la patria pide, aunque con dolor que se la ofrezca una victima.

Orb. à Cat. Nada, nada olvido.

Soldados, idos ya de mi presencia.

A los Soldados.

SCENA VI.

Amenaida, y Orbasán.

Ame. A qué te arrojas? dí, ¿insultar pretendes

arrogante, mis horas limitadas?

Orb. No se abate mi orgullo à tal exceso:

mi mano te ofrecí; y quizá dictada

fué entonces por amor, mi eleccion misma

dudo si aun en mi pecho arde su llama;

si mi indignacion la habrá extinguido.

Mas no sufriré yo lo que me agravia.

creer no puedo que à Orbasán prefieras,

un caudillo enemigo de la patria,

un Musulman, un barbaro: tal crimen

muy absurdo, y no, no cabe en tu alma.

por ti, por el estado, por mi gloria

erro los ojos, y no creo nada.

Siracusa me eres esposa tuyo.

En ti respeto mi persona; y hasta.

Mi gloria está ofendida; y su defensa quiero emprender: las nobles leyes mandan

à todo Caballero estos combates, depositando el Cielo en nuestra espada su irrevocable juicio. Ella decide la inocencia: à vengar iré tu fama.

Am. Quien?

Orb. Yo mismo: confiado me prometo que despues de una empresa que realza mi honor y timbres, sepa merecerme ese tu corazon que me tocaba.

Y escuso averiguar si algun contrario ò algun competidor llegó, Amenaida, à seducirte el animo sencillo.

Y si acaso has tenido repugnancia ò poca inclinacion à ser mi esposa; en pechos bien nacidos siempre alcanzan los beneficios triunfo, y las virtudes en quien siente el deslíz aun mas se arraigan.

Tu credito y el mio pondré en salvo.

Pero pretendo como justa paga, ya se crea altivéz, ò amor se crea, me dés tu misma ahora una palabra.

No de aquellas que dicta el predominio, y que pronuncia à veces en las aras, mas que la voluntad, el temor debil. Hablame sin recelo, sin falacia.

Mi pecho te descubro. Este es mi brazo armado en tu defensa: por tu causa quizá pereceré; pero antes sepa que de ti soy querido. *Ame.* Deslumbrada, y à apenas vuelta en mi, el horrendo abismo

donde me arrojó el hado contemplaba, quando, Señor, tu oferta generosa que esperar no debia quien te habla, colmando la medida à tantos males, me impele ya al sepulcro, que à mis plantas

se ofrece abierto... A serte agradecida oy, Orbasán, precisas à Amenaida.

Y proxima al suplicio que la espera, que te estima tan solo te declara.

Ya es fuerza me conozcas; no, no dudes que mi pecho te ofende. Pero en nada he faltado à mi patria, ni à mi gloria, ni te he faltado à ti pues que palabra de ser tuya no oiste de mi labio.

Nunca te he sido infiel, aunque si ingrata.

B

Es-

Este es mi crimen y no puedo amarte,
 si con tal condicion admitir salgas
 à batallar por mí: se la dureza
 de vuestras leyes, de la ley tirana
 que à morir me sentencia: no blasono
 de ver tranquilamente que preparan
 mi espantoso patibulo; antes siento
 perder la vida, que me fué tan cara.
 Llora mi muerte, y llora por mi padre.
 Ni abatimientos, ni pavores bastan
 à que finxa contigo... Soy ingenua.
 Y si en esto juzgares que mi alma
 delinque contra ti, mayor seria
 su culpa, no lo dudes; si olvidada
 de lo que à si se debe; prometiera
 ser de Orbasán: perdona si Amenaida
 en fin pronuncia que aceptar no puede
 ni tu mano de esposo, ni tus armas.
 Castiga pues, Señor, esta franqueza,
 tomando como puedes la venganza.

Orb. Solo à vengar, Señora, me reduzco
 à Siracusa, à despreciar la audacia,
 el desden altanéro, y à olvidarle
 Mi brazo en tu defensa se empeñaba.
 Con mi gloria cumplí, cumplí contigo.
 Ya solo soy un Juez, que en la obser-
 vancia
 de la ley inflexible qual es ella,
 no debe dar à sentimiento ò saña
 propria oídos perciales, ni me digno
 de averiguarle à ese misterio el alma.
 Opongo à tu esquivez todo el desprecio.
 Y sin ira dexandote embriagada
 de ese tenáz error, solo me toca
 vencer à Solamir. Vengar mi patria.

SCENA VII.

Amenaida y Fania.

Ame. ¿ Con que debo morir de muerte in-
 fame?

¡ Creyendo están que à Solamir he dado
 mi corazon..! Oh! ¡ tu que mereciste
 el unico mi fé entre los humanos!
 oh! tu, que eres objeto de su envidia,
 idolatrada causa de mi llanto!
 por ti voy à morir, y no me pesa.
 ¿ Pero como resisto ese aparato?
 La plebe que se junta, esos verdugos?
 ah! muerte vergonzosa! que desmayo
 me yela el pecho, al proferir tu nombre:
 mas vergonzosa sinrazon te llame;
 que en morir por Tancredo no ay ver-
 guenza.

La vida pierda yo en un cadalso,
 como no se gradué de castigo.
 Patria y padre me acusan de infiel trates:
 porque intenté servir à padre y patria,
 denigrarme, extinguirme quieren ambos.
 Y à favor suyo, solo à su inocencia
 tendrá Amenaida en trance tan amargo.
 Mas ò Tancredo, que dolor te aguarda!
 Fania mia; ¿ es posible que mis hados
 el consuelo me dan de que te vea?
 amiga, presto va à cumplirse el plazo
 de mi vida.

Fania, besandola la mano.

Fan. Primero muera Fania. *Ame.* Pero que
 ácia esta parte van llegando
 los fieros monstruos... Quando el héroe
 vieres
 por quien la vida perderé, te encargo
 le dediques mis ultimos afectos,
 y tierna despedida. Por su mano
 será quizá vengada quien le adora.
 Hoy moriré por él... Que mayor lauro?

ACTO TERCERO.

SCENA I.

*Tancredo acompañado de dos Escuderos que
 traen su lanza, su escudo, &c. Alda-
 món, Soldado.*

Tanc. Oh patria, amor de todo noble pecho!
 en Siracusa estoy: mi alma se goza:
 Aldamón, fiel amigo de mi padre,
 Aldamón por quien logro verme ahora
 en este suelo en fin; que alegre dia!
 si infeliz fué mi suerte, ya es dichosa:
 mas te debo que digo, ni que piensas.

Ald. Mucho ensalzas, Tancredo, accion
 tan corta.

Solo soy un Soldado, un buen patricio.

Tanc. Soldado soy tambien, y los patriotas
 siempre deben tenerse por hermanos:
 eres mi igual. *Ald.* Dos años las penosas
 armas segui à tu mado en el Oriente,
 y alli, Señor, te ví exceder en gloria
 à quanto acumularon tus mayores.
 Tus altos echos, tu virtud héroyca
 desde cerca admiré. Citar no puede
 mi humildad otro merito; y te consta
 que me crié en tu casa, y que fiel bobo.

Tanc. Ser mi amigo Aldamón, y no otra
 cosa.

Que! estas son las murallas que pensaba
 yo defender! murallas venturosas
 à quien mi tierno amor respetó siempre
 en

ea que hallé cuna , y que de si me arro-
jan
con proseripcion perpetua!... ¿en que
parage

vive Amenaída ? dime. *Ald.* Donde mora
su padre , allí en aquel Palacio antiguo
no lejos de esta plaza : despues nota
el eminente alcazar , en que siempre
este altivo Senado se convoca,
compuesto de Caudillos , que la patria
valientes sirven , y sus leyes forman,
y que lograrán sujetar al Moro,
si del apoyo cuya fuerza ignoran
no se hubiesen privado. Los escudos,
las cifras , las divisas que pregonan
sus empresas , sus inclitas hazañas;
allí con marcial gala se colocan.
Pero entre tantos nombres , echo menos
Señor , el tuyo heroyeo.

Tanc. Oculto corra,
pues aquí le persiguen ; que bastante
le celebra quizá nacion remota.

Y vosotros colgad ahí esas cifras;

A sus Escuderos.

pero borrenlas antes negras sombras.
No irriten mas la furia de los vandos.

A las paredes aplicad sin pompa
esas modestas armas , vivo emblema
del acerbo dolor que me acongoja.

Colocad ese escudo , y casco humilde.

*Cuelgan los Escuderos las armas de Tan-
credo en los huecos vacios ; entre los de-
más trofeos.*

Mi divisa guardad , que corrobora
mi esfuerzo en los conflictos de la guerra.

Esa divisa energica preciosa,
norte de mi esperanza y de mis pasos,
con respetos profierala mi boca,

amor y honor. Si algunos Caballeros
vienen aquí , decid que una persona
que quiere estar incognita ha llegado
à esta Ciudad , à impulsos de su gloria,
con ansia de seguirlos en la guerra,
y de llevar à su valor por norma.

Amigo , ¿quien los manda ? *à Aldamon.*

Ald. Por tres años
obtuvo el mando (bien haces memoria)
el noble Argiro.

Tanc. El padre de Amenaída ! *ap.*
padre de aquella que mi pecho adora !

Ald. Avasallale un tiempo aquel partido,
cuyo imperio tenemos , despues cobra
su poder , y por nombre , honor y sangre

le respetan ; mas ya la edad le postra:
sucedele Orbásán. *Tanc.* Orbásán, Cielos!
por su Caudillo Siracusa nombra
à mi opresor , à mi mayor contrario !...

nada me calles ¿ Porque no me informas
de esas voces ? ¿ es cierto que , insolente
sobrecogiendo à un padre debil logra
que le admita à su alianza , y le conceda
à la bella Amenaída por esposa ?
cómo à tal se atrevió ? como à mirarla ?

Ald. Algo ayer entreoí de aquesta boda.
Lexos de la Ciudad , en aquel fuerte
à donde te alojé , vivo con honra
entregado à mi empleo , y te aseguro
que quanto pasa aquí , Aldamon lo ignora.
Pues como en Siracusa te persiguen
le son ella y sus nuevas siempre odiosas.

Tanc. Fiel amigo , este pecho te descubro:
vete veloz donde Amenaída mora:
dila pues que ay de oculto un Caballero,
que ansioso solicita verla à solas,
como afecto à su madre en la edad tierna,
y adicto à su familia. Dí que importa
esencialmente à su elevada estirpe,
à sus prosperidades , à su gloria
que la hable de un asunto.

Ald. Libre entrada

tengo siempre en su casa , y con gozosas
muestras ofrecen , tratan y acarician
à los que aun , Tancredo , aquí blasenan
de seguir tu partido. ; O si la sangre
de los franceses à la noble propria
hubiese aliado en firme union Argiro !
mas cumplir tu mandato ya me toca.
Y qualquiera que en ello tu fin sea,
el exito te anuncio desde ahora. *vase.*

SCENA II.

Tancredo y los Escuderos en el foro.

Tanc. Favorable será : y el Cielo mismo
que à los pies de Amenaída me conduce,
y que protege siempre al amor puro,
al puro honor ; el Cielo (cuyas luces
por las tiendas del Moro me guiaron)
entre mis enemigos , aun influye
en mi causa benefica. Amenaída
me ama , y me destierra ya las densas
nubes

que este animo doliente obscurecian.

Y à la verdad solo por ella pude
dejando à Yliria y los cesaréos reales,
volver al natal seno , al seno dulce
de mi tirana patria , que no ay cosa

en mi aflicción que al alma así me ocupe, si exceptuo à Aménaida. Qué! ¿es posible que el padre quando llego yo, me usurpe la mano que idolatro, y que la hija con traición inaudita así me injurie! ¿quien es ese Orbásán? ese atrevido? ¿quales son sus hazañas, quien le infunde aliento de aspirar al alto premio que compete al valor de un héroe illustre? ¿premio que à mi alomenos se me debe por derecho de amor: ah! no, no dude que antes podrá privarme de la vida, que de esta prenda. El corazón discurre que aun despues de mi muerte, el de Aménaida

me será fiel. Así mi amor lo arguye del que la debo, y con razón se crea que quanto ella me amó, yo amarla supe.

SCENA III.

Tancredo, y Aldemon.

Tanc. Afortunado amigo, que la has visto? conduceme à sus pies.

Ald. Ah! no procures, Señor, tal cosa. La mayor desgracia...

Tanc. Que dices Aldemon? ¿porque te cubres el rostro? lloras!

Ald. De esa infausta orilla, presto, Señor, y para siempre huye. Que yo (aunque humilde) estar aqui no puedo

despues de las maldades que produce el terreno que piso. *Tanc.* Como? donde...

Ald. Con ese esfuerzo à otro paraje acude. En las cesareas tiendas oy la gloria te está aguardando: aqui ya no la busques. Vete, que solo infamias y desastres en tu patria hallarás.

Tanc. ¿Que pesadumbre intentas darme?

dí: que es lo que has visto? *precipit.* que te ha dicho Aménaida?... nada ocultes.

Ald. Tu amor conozco. Olvidala.

Tanc. Olvidarla!

Cielos!.. Venció Orbásán? à mi me excluye?

perdida! al enemigo de su padre! à mi opresor!..

Ald. Firmó el nupcial ajuste Argiro esta mañana, y ya la pompa estaba preparada...

Tanc. Que esto escuche! seré testigo de traición?...

Ald. Tu herencia se les ha destinado segun supe como dote, y que tu emulo se apropió tu patrimonio.

Tanc. Que Orbásán usurpe, lo que un héroe desprecia! acción bastarda. Posible es que à Aménaida con el unen! suya Aménaida!

Ald. No es solo este el rayo, conque el Cielo, Señor, oy te confunde.

Tanc. Acaba pues cruel: dame la muerte. Que temes?... Habla...

Ald. A ese valor recurre... Quando iban à entregarla à tu enemigo, y ya la antorcha de himeneo luce entonces su perfidia se conoce.

Poco es te olvide, y que tu anhelo frustré.

La infiel, Señor, à entrambos os vendia,

Tanc. Ella? por quien?

Ald. No se como pronuncie.

Que es por un estrangero, por el mismo que oprime à la nacion, y bien discurre. Hablo de Solamir.

Tanc. Oh fatal nombre!..

Solamir! Cielo! à mi memoria ocurre que allá en Bizancio suspiró por ella. Pero fué desdeñado; el triunfo obtuve. Qué?... Burlar mi esperanza el juramento! alma tan noble, tal maldad no encubre. La juzgo incapáz de ella.

Ald. A pesar mio, he hablado; pero no ay quien no divulgue este horrible secreto.

Tanc. Amigo, escucha: no ay corazón virtuoso à quien no insulten la impostura y la envidia: à ambas conozco.

Proscrito yo desde la infancia anduve de desdicha en desdicha sin auxilio. A prueba de ellas, qual diamante en yunque, peregrinando de uno en otro estado heroicamente mi valor discurre, y el rencor de la envidia probé en todos. Desde que ví del Sol las puras luzes, à la calumnia ví exalar venenos. Quanto tiempo acusó mi lengua impune al mismo Argiro? aun en Siracusa, quizá las iras de aquel monstruo influyente de esta mortal ponzoña se alimentan

sus serpientes malficas, que inducen
à los credulos pechos à traiciones.
Su voráz saña à quanto no recurre!
à mi costa lo se, y tambien su encono
daña à Amenaída, y à su nombre illustre:
à hablarla voy...

Ald. Señor, detente... Es fuerza
que ya todo el veneno al vaso apures.
Del seno de su padre arrebatada,
está en prision.

Tanc. Qué dices? *Ald.* Señor, huye
de esta plaza, pues à ella sacar deben
à Amenaída al suplicio.

Tanc. ¡Que esto sufre
mi valor!.. à Amenaída... Cielos! como?

Ald. De injusticia no falta quien gradue
un sacrificio tal: todos le lloran;
pero solo à llorarle se reducen.

Tanc. No creas tu que llegue à executarse
tan enorme atentado.

Ald. ¡El Pueblo acude
al tribunal. Ya gime, y se enternece;
en denuestos è injurias ya prorrumpe
contra ella. Curioso y lastimado,
dá indicios de ansia de que se efectue
la execucion, y tumultuosamente
las cercanias de la carcel cubre.

Estraño anhelo vér à una infelice;
en breve ocupará la muchedumbre
los porticos que ahora veis vacios,
Señor: huye de aqui: mira que urge.

Tanc. ¿Pero que anciano sale de aquel tem-
plo

tan afligido? su semblante infunde
compasion y respeto. Los criados
imitan su dolor. *Ald.* No, no lo dudes:
el es: el padre de Amenaída.

Tanc. Vete:
pues ignoran quien soy, quiero lo ocultes.

SCENA IV.

*Argiro à un lado del teatro: Tancredo de-
lante. Aldemon distante de él hacia el
foro.*

Arg. Oh Cielos! acortad mi triste vida.
Oh muerte! llega, hiere, y mas no pido...

Tanc. Noble anciano, permíte à un Caballero
al inferior de todos los caudillos,
que contra la Agarena media-luna
tremola su estandarte, y de divino
laurel se ciñen en divinas lides...
Yo venia... perdona al llanto mio,
que alterne con el tuyo. *Arg.* Tu eres solo

quien llega à darme algun piadoso alivio.
Los demás se desvian, ò procuran
irritar mi tormento. En tal conflicto,
tu eres, Señor, quien debe perdonarme;
y pues te dignas oy de hablar conmigo,
sepa quien eres. *Tanc.* Soy un forastero
que te respeta, y siente qual tu mismo.
Que sonrojado teme preguntarte.
Que es como tu del hado perseguido.
Disimula te ruego la osadía.
Es cierto que Amenaída?..

Arg. Sí, à este sitio
saldrá luego à morir.

Tanc. Es delincuente?

Arg. suspirando. Es... de su padre infamia.

Tanc. Ella, Argiro!..

Aunque de aqui distante me he criado,
la fama de su nombre esclarecido
me persuado, que si habitase el suelo
la virtud misma, por santuario digno
elegiria el pecho de Amenaída:
y oy en él la maldad ha hallado abrigo!
oh dia melancolico! oh rivéras
siempre azarosas!

Arg. Mi interior martirio
llega à su colmo: mi sepulcro se abre,
y mi alma baja con dolor mas vivo
à la obscura mansion de los difuntos;
quando contemplo que ama su delito
mi infeliz hija sin que se arrepienta.
Por esto à defenderla no ha salido
Caballero ninguno; antes su muerte
firmaron, à pesar del uso antiguo.
Que Europa, y el valor aun tiempo
aplauden
de defender en noble desafio
al debil sexo. La que fué hija mia,
presto aqui morirá, sin que en su auxilio
haya guerrero que à salir se atreva.
Crece mi angustia; y en el hondo abismo
de mi infamia dominan los terrores.
Reyna el silencio, y nadie mi partido
quiere abrazar.

Tanc. Alguno habrá: no temas.

Arg. ¿Que inpensada esperanza dás à Ar-
giro?

Tan. Alguno habrá que salga, no por tu hija,
que no merece tal su pecho indigno;
sino por el decoro de su estirpe;
por tí, por tu virtud. *Arg.* Ah! ya respiro!
¿mas quien será el que salga à la palestra
y quiera defendernos?.. Con desvio,
con tedio, con horror aqui nos miran.

Tendré algún protector, algún amigo?

¿quien ha de pelear por Amenaída,
y ha de lavar mi mancha? quien?

Tanc. Yo mismo:

y si el Cielo mis armas patrocina,
en premio de mi esfuerzo, solo aspiro
à irme sin que nadie me conozca,
ni nunca de Amenaída sea visto.

Arg. Señor, sin duda es Dios el que te envia.

El contento no puede hallar asilo
en este corazon misero y triste.

Pero es menor la pena conque espiro.

Y saber no podré à quien tanto debo?
tu gran nobleza por tu accion colijo.

Señor, quien eres?

Tanc. Quien sabrá vengarte.

SCENA V.

*Orbasán, Argiro, Tancredo, Caballeros y
acompañamiento.*

Orb. à Arg. El estado, Señor, está en peligro:
pensabamos salir de nuestros muros
mañana, y se adelanta el enemigo.

Sin duda los traydores que nos venden
le han noticiado ya nuestro designio:

sin duda viene Solamir resuelto
à probar nuestras fuerzas y el destino.

Contra el Moro marchamos, y si vale
mi dictamen, no quieras ser testigo
del atróz espectáculo, que luego...

Arg. Basta Orbsán, que mis anhelos cifo
à perecer en la sangrienta guerra:
de este valiente Caballero fio...

Señalando à Tancredo.

me conduzca al lugar de la batalla:

à pesar de mi afrenta determino

acabar esta vida, acreditando

à mi patria que muero en su servicio.

Orb. Pensamiento muy proprio de quien eres!

por la postrera vez hieran los filos

de tu espada en las huestes Musulmanes.

Pero con toda instancia te suplico

evites ver el lugubre aparato...

Es muy barbaro y duro el sacrificio

paraque le presencias... Ya se acercan.

Arg. Oh Dios! socorre al infeliz Argiro.

Orb. Desviarse deben los paternos ojos

de tan cruel acto, pues si à el asisto

es por mi empleo, y porque à tanto vulgo

es fuerza contener: ciertos delitos

siempre encuentran severas à las leyes.

Protejerlas me toca; y pues oficio

tan austero no tienes à tu cargo,

¿porque te expones à sufrir martirio
en la efusion de sangre, que dispone
la ley establecida? ya es preciso

te apartes de esta plaza, pues que llegan.

Tanc. à Arg. Antes quedate en ella, padre

mio! *Orb. à Tanc.* Y quien eres?

Tanc. Quien soy? soy tu contrario

muy afecto à ese anciano desvalido

quizá su vengador, quizá à la patria

Señor, tan necesario qual tu mismo.

SCENA VI.

*Abrese el foro, descubrese à Amenaída en
medio de las guardias. Los Caballeros y
el pueblo ocupan la plaza.*

Arg. Noble desconocido, ah! sostenedme:
ocultame ese objeto: mi hija sale.

Tanc. Para los tres, que paso tan terrible.

Ame. Oh suprema justicia!.. tu, que sabes

lo presente, pasado y venidero.

Tu sola estás leyendo las verdades

de mi pecho: tu sola, tu eres justa:

la turba de los hombres implacable

habla, juzga y condena ciegamente.

Nobleza, pueblo, y todo aquel que parte

haya tenido en mi cruel sentencia:

no pretendo ante vos justificarme.

Nuestro Juez sea el Cielo que me escucha.

Senadores odiosos, que dictasteis

un fallo iniquo, si, yo lo confieso,

yo ultragé vuestra ley, que detestable

fué siempre para mi como tirana:

tampoco niego que ofendí à mi padre,

que quiso disponer de mi alvedrio.

A Orbasán agravié que avasallarme

el alma pretendió con arrogancia.

O Ciudadanos! si es vuestro dictamen

se castigue mi crimen con la muerte;

herid... mas permitidme que os declare

mi infortunio. Quien vá ante el Juez

eterno

nunca à temido hablar à los mortales.

Padre... Señores, que os hallais presentes

A los Caballeros.

à mi horrendo suplicio, y que estorvarlo

debierais... pero à quien (divinos Cielos!)

alli descubro al lado de mi padre..!

El es: el mismo... no, no ay que dudarlo...

Atendedme... Yo muero...

Cae desmayada en los brazos de los guar.

Tanc. Ah! bastante

es mi presencia para confurdirla.

Mas no importa... Señores, escuchadme:

no

prosigaís, ministros de la muerte:
esperad ciudadanos, que ay quien sale
defender su causa: yo me obligo
a ser su Caballero: aqui su padre
ni menos que ella a muerte condenado
ni de perder la vida mas distante)
mi brazo protector de la inocencia
acaba de admitir. Las leyes callen.
Sentencie el valor solo, que el decide
entre los Caballeros: dilatarse
nada debe. La liza al punto se abra,
y al honor, al esfuerzo se prepare
por los Jueces. A ti Orbasán altivo,
a tí, Orbasán, te reto, y oy quitarte
la vida deberé, o tu a mi la mia:
a tí arrojó la prenda del combate.
*Arroja el suelo a los pies de Orbasán la
manopla.*

Atreveraste a alzarla?
Orb. Tu arrogancia
no, no era digna de honra semejante.
*Leña seña a su escudero, que levante la
señal de desafio.*
Por lo que a mi me debo, y a ese an-
ciano,
que te ha admitido en su temible trance,
(aunque con propria humillacion) re-
suelvo

exponerme contigo: a castigarte
va al punto mi valor de la osadía
de haberme provocado. Dí, ¿ que clase,
que nombre tienes? ese simple escudo
dá de gloria marcial pocas señales.

Tanc. Quizá las obtendrá de la victoria.
La suerte quiere que mi nombre calle:
mas de mi le sabrás en la palestra.
Vamos sin detencion.

Orb. Luego al instante
se abra la valla, y libre de prisiones
quede Amenaída mientras el combate
la restituye a ellas. Compañeros,
sabed que apenas mi valor le acabe,
marcharé a vuestra frente, y el estado
defenderé. Las lides singulares
son de gloria muy breve. Las que en-
cierran

servicio de la patria son durables;
son dignas del honor y de los héroes.

Tanc. Vamos pues, Orbasán. Mas que os
declare,
Señores, permitid que me persuado
no ha de ser él quien oy la patria salve.

*Argiro delante del teatro; Amenaída, a
quien han quitado las prisiones, hacia el
foro.*

Amenaída volviendo en si del desmayo.

Ame. Cielos! ¿ que será de él si se descubre
su cura? Arg. Hija...

Ame. Que me quieres, padre?
tu pronunciastes mi sentencia iniqua.

Arg. Oh Dios! que te declaras de su parte,
¿ defiendes la inocente? ¿ o perdonando
ya su culpa, pretende señalarse
de nuevo tu piedad? ¿ que beneficio
te has dignado, Señor, de dispensarme?
¿ es por ventura gracia, o es justicia?
¿ si me será la suerte favorable?
que has dicho, dí... conque ojos a Ame-
naída

podré desde oy mirar?

Ame. Con los de padre.

Aun estoy a la boca del sepulcro,
dudando si son bienes, o son males,
los que el Cielo me guarda. No receles
ofensas de mi gloria. En mi no caben.
Mas si amor paternal te debe tu hija,
alejala, Señor, de este parage,
que a vista de ese barbaro aparato
debil, rendida, y ya sin alma yace,
expuesta a insultos de la plebe osada,
que su aprobio y sus lagrimas aplaude,
lagrimas derramadas justamente,
y cuyo digno objeto nadie sabe.

Arg. Ven, que mis manos tremulas, tus
pasos

guiarán... Cielos! sed en el combate
propicios a las armas que la auxilian,
o envid la muerte a un desdichado padre.

ACTO CUARTO.

SCENA I.

*Tancredo, Loredano, Caballeros. Llegan
las armas de Orbasán delante de el.*

Lor. Aunque ilustre, es funesta tu victoria,
pues con ella nos privas del insigne
caudillo, cuyo pecho se entregaba
todo al estado, sin que competirle
otro que tu, pudiese en valentia.
Dinos qual es tu nombre, qual tu estirpe.

*Tancredo en Ademan de un hombre pensati-
vo y affligido.*

Tanc. Solo Orbasán logró al morir saberlo.
Mi

Mi secreto y mi odio el infelice
 lleva à la tumba. Es mi destino infausto.
 No procureis, Señores, se averigüe.
 Saber quien soy si os sirvo, que os importa?

Lor. Pues lo quieres así, no se publique.

Mas con util valor y hazañas dignas,
 tu virtud para siempre se acredite.

Muy presto se verán en nuestros campos

las medias lunas. Siracusa pide
 que defiendas sus leyes y su culto.

Mira como adversario mas terrible

à Solamir. Perdimos nuestro apoyo;

pero en ti le logramos aun mas firme.

Mas vuelvenos el héroe que nos quitas,

• privado dispon nos acaudille

el que venció à Orbasán, pues esperando

nos está Solamir. *Tanc.* Oferta os hice

de acompañaros contra el sarraceno.

Y quizá habrá razon para que mire

yo à Solamir, como à adversario mio,

no menos que el estado, y le abomino

mas que vosotros. Oy à este combate,

saldré tambien. *Cat.* De ese valor insigne,

nos prometemos todo. Y Siracusa

à premiar quanto à él deba se apercibe.

Tanc. No hay premio para mi, ni yo lo

guardo,

ni le pretendo. Para mi no existe

ya nada apetecible en Siracusa.

Y bien os sirva, ò en el campo expire,

no intento me resulte recompensa,

• compasion ò gloria. Quanto exige

mi obligacion haré. Mis votos solo

à que me vea Solamir se ciñen.

Lor. Eso anhela el estado. El tiempo es

trecha:

todo al fin importante ya conspira

à la victoria. Amigos, entre quienes

oy sus laureles van à repartirse,

luego sabreis quando acudir os toque

al puesto à que el contrario se dirige.

Proximos à teñirnos en su sangre

y otro afecto en nosotros no domine,

que la defensa y la gloria de la patria.

Vanse los Caballeros.

Tanc. Por ella es justo que oy me sacrifique,
 ya lo merezca, ò no.

SCENA II.

Tancredo y Aldemon.

Ald. ¿Que mal nocen

la oculta herida que à ese pecho aflige!

pero à pesar de tu dolor y agravio,

¿ como no vas segun el uso pide,
 à ofrecerte triunfante à la belleza
 que adquiere honor y libertad; que vive
 por tí? y las armas de Orbasán vencido
 ¿ como glorioso, dí, à sus pies no rindes?

Tanc. Pienso Aldemon, no verla mas.

Ald. ¿ Acaso

tu vida en su defensa no expusiste?

¡ y huyes ahora de ella! *Tanc.* Tal merece.

Ald. Justo es, Señor, que su traición te

indigne.

Mas por esa traición has combatido.

Tanc. Razon tienes: confieso que imposible

me fué à pesar de tan atróz perfidia,

consentir su ignorancia, y su fin triste.

Y aun amandola menos, mal pudiera

abandonarla yo, ni reducirme

à no salvar su vida. Pero debo

no perdonarla, viva si, y expire

el que la ha defendido, que algun dia

tendrá quizá la infiel que arrepentirse

de haber sido engañosa à aquel Tancredo

apasionado, à aquel amante firme

que oy pierde, que maltrata. Justos

Cielos,

que esclavo de ella fuí! quanto la quise!

Cabía la juzgase yo perjura!

antes pensé adorar la mas sublime

virtud, y que no fuesen mas sagrados

juramentos y altares que una simple

palabra, una promesa de Amenaida.

Ald. Que solo en Siracusa perdominen

acordes la barbárie y la perfidia!

proscrito de tu patria, te persigue

tirana ley, quando el amor te ofende.

Alexemonos ya de estos confines.

Vamos à la batalla decisiva.

En ella yo, y en quantas partes disten

de estas murallas centro de maldades,

tus huellas seguiré.

Tanc. ¿ Quien me repite

à pesar del delito que ha incurrido,

la imagen de virtudes tan plausibles,

que creí atesoradas en su pecho?

qué encanto es este? ò tu que à un infelice

vas à precipitar en el sepulcro,

del qual por esta mano te vés libre;

odiosa, delincuente, amada acaso,

ò tu que mi destino siempre riges;

¿ porque à mis ojos, dí, ya no te muestras

seas ò no con engaño la que fuiste...

Solo habré de olvidarla con la muerte.

Qué flaqueza!.. Es forzoso que la expie.

Pro-

Probemos à morir , sin acordarnos de la ingrata Amenaïda , si es posible.

Ald. Poco ha menos culpada la creías : ¿ que el mundo dominaban no dijiste , la mentira y calumnia ?

Tanc. Nada ignoro : todo ha llegado en fin à descubrirse. Prendado Solamir de su belleza , exigió como en fé de una paz firme , se le diese à Amenaïda por esposa. ¿ Se hubiera el atrevido à tanto , dime si de acuerdo con ella no estuviese ? creí à mi proprio corazon , mal hice : creer debo à su padre que la acusa. A ella misma que ostenta amar su crimen. En fin , yo he visto , yo el papel infausto. Como hablanáo consigo mismo , en tono pausado , y de admiracion.

Para mandar en Siracusa vive !... En nuestros pechos y murallas reyna ! cierto es mi mal.

Ald. A la enemiga olvide ese gran corazon que de él no es digna.

Tanc. Lo mas abominable , mas horrible es que honrarse creyó , y tener por dueño al viviente , al caudillo mas insigne. Mandan altivos Arabes à Italia ; y à su vano esplendor ciego se rinde el imprudente sexo , el sexo mismo esclavizado siempre en sus paises. Y tributando timidos obsequios , cede à los propios amos que le oprimen. Por ellos con traición nos abandona , mientras somos escudos tan serviles de su flaqueza , y à sus pies viviendo , por el morimos en sangrientas lides.

SCENA III.

Tancredo , Aláemon y Catan.

Cat. Señor , los Caballeros están prontos. El tiempo estrecha , no se desprecie.

Tanc. Mucho he perdido , si. De aqui salgamos.

Llegó ya el trance !.. mi valor os sigue. *Vase Catan.*

SCENA IV.

Tancredo , Amenaïda , Aldemon y Fania.

Amenaïda saliendo con precipitacion.

Ame. Oh mi Dios tutelar , dueño absoluto de mi ser ; à tus pies en fin me arrojó ,

Echase à sus pies ; levántala Tancredo ; pero volviendo el rostro à otra parte.

A ellos verás tambien presto à mi padre , conmigo esa estrañeza !.. huyes el rostro ? habrá quien culpe tan debido anhelo ? no he de poder manifestar mi gozo , lo que este animo encierra , ni nombrarte ? me estremezco !.. Señor , baxas los ojos ! mirasteme cercada de Verdugos , y solo he de obtener asi este logro ! confuso estás , y mi alma consternada : con timidéz te hablo... Oh Dios ! que ahogo !

no escuchas ?

Tancredo con voz interrumpida.

Tanc. Vuelve : y piensa en el consuelo de quel anciano à quien venero y honro : que aun me llaman cuydados mas urgentes.

Oy contigo y con el cumplí ya en todo. Premiado he sido : nada mas espero.

El mucho agradecer , quizá es gravoso. Mi corazon exime de ello al tuyo , que disponer de si puede à su antojo.

Vive... dichosa... y yo... à morir me parto. *vase.*

SCENA V.

Amenaïda y Fania.

Ame. Despierto del sepulcro , ¿ soy su aborto ? creeré que el Cielo me ha dexado viva ? es dia , es noche la que vén mis ojos ? ah ! el que acabo de oír , querida Fania , es un falso ; de muerte mas odioso que el de la ley que aqui me ha condenado.

Fan. Habrá podido transformarse en otro ! que sospechas le agitan ?

Ame. Es mi amante quien me ha hablado ?... me trata de ese modo !

su frialdad altiva , su desprecio no reparaste ? aquel sañudo enojo , aquel desden con que miraba apenas ? y à quien ?.. à mí que le amo , que le adoro ! me sacó del Imperio de la muerte para sacrificarme luego el proprio ! oh Tancredo ! mi bien , tirano ! injusto ! ¿ en que pude ofenderte , que lo ignoro ?

Fan. No ay duda : ardiendo en ira su semblante

tarda la lengua , y demudado el rostro manifestaba esquivia indiferencia.

Con cuydado apartó de tí los ojos.

Pero el llanto ocultaba de esta suerte.

Ame. Tal desayre, aspereza y abandono! de donde nace esta tormenta horrible? que pretende? que ofensa tanto enojo en el excita? de viviente alguno, puede Tancredo acaso estar zeloso? de deberle la vida me glorio.

Otro bien no conservo, ni otro apoyo.

Si yo existo es por el, por su victoria.

Mas si fino mi vida puso en cobro, tambien por el me expuse yo à perderla.

Tan. Sabes si de esto se halla noticioso? la voz del pueblo à quien tras si no arrastra?

de lo que ella publica, dudan pocos.

El esclavo, la carta, el nombre mismo

del Moro Solamir: aquel asombro

que infunde su valor, sus pretenciones,

tu belleza, su gran pasion, y todo

hablaba contra tí, y aun tu silencio,

Señora, aquel silencio grande, heroyco,

que el perseguido nombre de tu amante

supo ocultar al vengativo encono

de los tiranos que à ambos os oprimen.

¿ Quien penetró al arcano tenebroso

de su secreto? suele ser creído

lo peor siempre, y la apariencia...

Ame. Como!

à mi culpada! *Fan.* Es facil engañarse.

A un amante perdona:

Amenaida volviendo à cobrar su altivéz y espíritu.

Ame. No; à mis ojos

no es perdonable, aun quando todo el mundo

acusase à *Amenaida*: al mundo todo

su aprecio opone un héroe noblemente,

dando credito solo al juicio proprio.

Conque tomó à su cargo mi defensa,

por mera compasion!.. enorme oprobio!

yendo à morir por el, mi alma sentia

un ingrato consuelo, un sumo gozo.

Y ha de formar de mi sospechas viles!

jamás tan grave ofensa le perdono.

Tengo presentes siempre en la memoria

sus beneficios, y grabados todos

vivirán siempre en mi ofendido pecho.

Pero si el ha incurrido en el arrojito

de graduarme indigna de su mano,

por indigno de mi desde oy le noto;

de todas mis afrentas, la mas grave

es esta, *Fania* mia. *Fan.* Ya en su abono

acerte debo, que *Tancredo* ignora...

Ame. Ignorar no debia que su solio tiene en mi la virtud: conocer debe este corazon fiel: serle notorio que era imposible que à romper llegase yo un vinculo tan noble, tan precioso. Que esta alma es tan constante y tan activa,

como fuerte de su brazo; y con decoro tan grande, como puede ser la suya.

Mas no tan sospechosa, ni tampoco

tan insensible. Ya desde oy renuncio

à ese *Tancredo*. A los mortales todos.

O los contemplo dobles, ò malvados,

debiles unos y crueles otros.

Barbaros estos, credulos aquellos;

ò bien son engañados, ò engañosos.

Eternamente olvidaré al que amaba,

y à quanto comprehende nuestro globo.

SCENA VI.

Argiro, Amenaida y acompañamiento.

Argiro sostenido de dos escuderos.

Arg. Guiad, amigos, mis cansados pasos, que ya va à principiarse la batalla.

Oh! si lograrse yo abrazar al héroe

que la vida te dió! dime, *Amenaida*,

podré saber quien es?

*Amenaida entregada à su dolor, descansando con una mano puesta sobre *Fania*, y medio vuelta àcia su padre.*

Ame. Un joven, digno

de poseer en otro tiempo mi alma,

un héroe perseguido por mi padre,

que tímida hasta ahora no nombraba:

por vosotros proscrito; unico objeto

de aquel fatal papel, ultima rama

de una familia augusta, el mas illustre

de los mortales. Ay desventurada!

el mas injusto. En fin, *Tancredo*.

Arg. Como?

Cielos!... Hija, que has dicho?

Ame. Lo que el ansia

que me affige, ocultarte mas no puede.

Lo que aqui te declaro en confianza,

temiendo le resulte algun mal grave.

Arg. *Tancredo*!

Ame. ¿ Y quien sino el, por *Amenaida*

à morir se expondría?

Arg. Que! *Tancredo*!

el mismo à quien nuestro senado infama!

Ame. El mismo.

Arg. Y por nosotros nada omite!...

privamoslo de hacienda , de honra y patria:

y por nosotros ey su vida expone !
oh Jueces infelices ! que ocupadas
ciegamente tenemos ambas manos,
con la cuchilla fiera , y la valanza.
¡Qué injustos son , que vanos nuestros
juicios !

oh quanto yerra la prudencia humana !
qué ingratitude ! qué tiranía ! *Ame.* Padre,
para culparte , si , me sobra causa ;
pero veo te afliges de manera,
que no se atreve à lamentar el alma,
que dí à Tancredo.:

Arg. A quien me dá la vida !

Ame. Indigna vida ! toda mi esperanza
se funda en tí , Señor. Remedia presto
tantos errores , sinrazones tantas.
Vuelveme ya el honor que me has quitado,
Que quien venció à Orbasán , mi vida
salva

solo dexó : pública mi inocencia.

Arg. Eso me toca.

Ame. Voy à donde el vaya. *Arg.* Detente.

Ame. Detenerme ! no es posible.

Contigo voy , Señor , à la batalla.

Cerca he visto à la muerte , y muerte
infame.

La que en los campos del honor me llama,
no es para mi terrible ; ni es ya tiempo
de que intentes à tu hija negar nada.

Ya adquiri sobre ti derechos justos,
derechos que me ha dado mi desgracia.

¿ Querrás segunda vez abandonarme ?

Arg. En tí el poder no tengo que gozaba,
porque de el abusé. Justo es le pierda.

Pero que intentas ? donde te arrebatara
tu apasionado impulso ? no qual suelo

en remota region , osado marcha

aquí tu sexo al lado de los héroes,

y en el esfuerzo casi los iguala

Las leyes , las costumbres no permiten....

Ame. Que leyes ! que costumbres insensatas !

Oy soy ya superior à todas ellas.

Oy que el furor , el despotismo mandan,

solo escucho las leyes de mi arbitrio.

Esas horribles leyes , cuya carga

te está oprimiendo , verterán tu sangre

que en mis venas se vé depositada ?

permitirán que muera en un cadahalso

tu infeliz hija con eterna infamia,

y no permitirán que à la palestra

à donde reyna la victoria , salga

à defender su honor ? ¿ podrán mostrarse
las mugeres aquí , solo cercadas
de inhumanos verdugos ? la injusticia
de entera independendia al fin es causa.
Suspiras ? ah ! si hubieses suspirado,
Señor , quando adulaste la tirana
resolucion ; y contra aquel que solo
emprendió tu defensa en nueva alianza,
uniendote à Orbasán , me precisaste
à ser inobediente ! *Arg.* Hija , basta ;
no aflixas mas à un padre infortunado.
No abuses del poder que en estas causas
te dá mi culpa. Mi dolor respeta.
Y acaso no estás enagenada
del amor de tu padre , por lo menos
dexa que muera al hierro de las lanzas
de nuestros enemigos. No me impidas
que vaya en busca de Tancredo. Aparta.

SCENA VII.

Amenaida y Fania.

Ame. Quién detendrá mis presurosos pasos ?
oh ! tu que me aborreces , que me ultrajas,
y despues de vengarme me desprecias ;
pelear me verás , y tus hazañas
imitar junto à tí ; oponer mi pecho
à quantos tiros la enemiga rabia
contra ti lance : con la propria vida
dar à tus beneficios justa paga ;
castigar tu injusticia de esta suerte ;
vencerte si es posible , en inhumana
fiereza ; y en tus brazos espirando,
dexarte el odio en que mi amor se cambia
el pesar de un delito irreparable,
y todos los martirios de Amenaida.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

Marcha guerrera antes de empezar. Los Caballeros y Pueblo: los Caballeros, y Escuderos con las espadas desembainadas en la mano. Los Soldados cargados de trofeos.

Lor. Por tan feliz victoria cantád himnos,
ò ciudadanos : ofrecéd inciensos
al Dios de las batallas : pues à el solo
se debe el triunfo , à el la gloria démos.
El infundió vigor en nuestros brazos,
y embotar quiso el enemigo azero,
mostrandonos patentes las celadas
que armaron los astutos Sarracenos,
azote de catholicas naciones.

Id sin tardanza , y erigid trofeos
sobre tantos cadaveres de infieles.
Adorad reverentes nuestros Templos
con los tesoros de la media luna,
hollando ufanos los rendidos cuellos.
Y España opresa , y arruinada Italia,
postrado Egipto , y con marcial despecho
en grillos Siria , à dominar aprendan
à los que son pavor del universo.
Justo es se piense en confortar à Argiro,
procurando le sirva de consuelo
en su dolor , la pública alegría:
pues sino feliz padre , por lo menos
feliz patricio contemplarse puede.
¿ Pero como el incognito guerrero
à quien dicen se debe la victoria,
no vuelve aquí con nuestros caballeros ?
¿ no juzga el triunfo de esplendor bastante,
ò nos cree envidiosos de sus hechos ?
almas como las nuestras no conocen
esa indigna pasión , ni sus efectos.
Después que à Siracusa ha defendido,
huirá de sus muros ? largo tiempo à *Cat.*
le vimos à tu lado paleando.
Y pues que fué participe del riesgo,
¿ como no viene à celebrar el logro
de la victoria? *Cat.* Oid. Estadme atentos,
Señores. Entre tanto que ocupabais
el tránsito del Etna , yo algo *lexos*
de vosotros estaba en las orillas,
à la enemiga furia resistiendo.
Allí notamos que al mayor peligro
precipitado se arrojaba y ciego,
sin aquella conducta sosegada
de un héroe grande , y General supremo.
Don tan preciso , como à pocos dado.
Su valor procedia con arresto,
dando señales de valor oculto,
en la tremula voz y adusto ceño.
A Solamir llamaba muchas veces,
y muchas se le oyó en confusos ecos,
el nombre de Aménaida , à quien perjura
apellidaba en tono lastimero.
A pesar del furor se le asomaban
lagrimas à los ojos : con anhelo
solicita la muerte que de él huye.
Quanto mas se abandona , mas tremendo.
Ya todo à nuestras armas se rendia,
y mas que à ellas à su heroyco esfuerzo.
Ya ácia vosotros con triunfantes pasos
volviamos ; pero él con desconsuelo
ebuido , insensible à tanta gloria,
mostrando que el vivir le daba tedio,

llama à Aldémon , le abraza , le habla,
gime,
y con aquel intrepido denuedo
que habia acreditado en la pelea,
se alexó para siempre , à Dios diciendo.
Pretenderá que Siracusa ignore
quien es. Nadie el origen de su intento
acierta à descubrir. Todos vacilan.
Pero allí mismo aparecerse vieron
entre la multitud de los soldados,
à Aménaida. Olvidada de su sexo,
fuera de tino , palida , desecha,
corre , llamando à voces à Tancredo.
Seguiala su padre tristemente,
aunque con tardos pasos , y à lo *lexos*.
Aquí anegada en lagrimas la trae.
Dice que ese caudillo , ese héroe exelso,
el que venció à Orbasán , el que à Aménaida
y à la patria vengó aquel es Tancredo
à quien esta mañana proscribimos
y declaramos de comun acuerdo,
rebelde y transgresor de nuestras leyes.
Leyes que le condenan à destierro.
Que hemos de hacer , Amigos en tal caso ?
Lor. Qué ? reparar tan grave desacierto.
Persistir en la culpa es agravarla.
Sonrojo perseguir , tener opreso
à un hombre ilustre y grande. Quantas
veces
al merito y virtud padecer vemos.
Mas quando en fin , à conocerse llegan,
honrarlos es forzoso.

S C E N A II.

*Los Caballeros.**Argiro saliendo con precipitacion.*

Arg. Y socorrerlos,
y tambien libertad. En peligro
Señores , queda el inclito Tancredo:
su ciega intrepidéz volvió à arrojarse
à los contrarios , y con todos ellos
arrastrado pelea... Quan en vano
culpo mi fria edad , mi desaliento.
Caudillos , cuyo ardor y lozania,
lucen à competencia , pues el peso
de los años no os postra , acudid pronto,
disipad mis temores , y à Tancredo
restituid à mi inocente hija.

Lor. Basta... Señores , no se pierda tiempo.
Su valor imprudente socorramos.
Saquemosle si es dable de este empeño.

SCENA III.

Argiro solo.

Arg. Cielos, que al fin
os apiadais de un padre!
A mi infelíze hija me habeis vuelto,
y à su feliz libertador volverme

Sale Amenaida.

tambien determinais!

en nuestros pechos

hija mia, renazca la esperanza.

Yo he sido de tus males instrumento,
y tanto como tu los he sentido.

Oy se terminarán, pues ya Tancredo
no tardará en venir. Cese tu pena.

Ame. En viendole, Señor, tendré consuelo.

Tendréle quando sepa no es injusto,
quando su vida este fuera del riesgo.

Quando mas no me ultrage, y pesaroso
de injuriarme esté ya.

Arg. Tu sentimiento

es muy fundado. A veces hay heridas
que, ò no se curan en un noble pecho,
ò dexan para siempre cicatrices.

Pero, hija mia, si hasta aqui Tancredo
ha sido aborrecido en Siracusa,
advierete que es ya amado, que está lleno
de gloria, y participas de su fama.

Que ha acreditado con tan altos hechos,
hasta donde ha llegado la injusticia
de sus emulos todos. Satisfecho

queda el vulgo, si cumple lo debido.

Pero los héroes de virtud modelo,

à mas aspiran: su valor excede

à quanto la esperanza funda en ellos.

Asi excede Tancredo en un solo dia

à nuestras esperanzas y deseos.

Apenas llegue, y sepa eres constante,

fino arderá en tu llama. Todo el pueblo

se muestra enternecido à favor suyo.

Saldrá tu amante de su error funeste,

con sola una palabra. *Ame.* Esa palabra

está aun por decir. Fatal momento!

¿que me importa ese vulgo ni su escarnio

ni su instable piedad, ò furor ciego?

que me importan sus voces tumultuosas,

de las quales no oyré ni aun los acentos?

de un hombre solo mi opinion depende.

Sabe, ò padre! que ya morir prefiero

à vivir un instante despreciada.

sabe que... (sin reparo lo confieso)

que yo à mi bienechor, como à mi esposo

antes miré. Postrada ya en el lecho

de la muerte, mi madre mutuamente
à los dos nos unió, y en sus postreros
votos pidió al Señor que se dignase
de bendecir nuestro inocente afecto.

Nuestras manos juntó, que al fin cerraron
sus tristes ojos: y à la fáz del Cielo,

por ella y su memoria, por ti mismo,

ò infelíz Padre, hicimos juramento

de adorarnos los dos, y venerarte,

De seguir tu virtud como modelo,

y estrechar nuestro vinculo en tus brazos.

Por altares, Señor, el hado adverso

cadahalsos infames nos destina.

El que mi amante fué, y al mismo

tiempo

mi dulce esposo, tras la muerte corre.

Solo diviso ya el horrible aspecto

de mi ignorancia. Mi destino es este

Arg. Ya ese destino mejorado vemos.

Y prometerte puedes, hija mia,

felicidad completa. *Ame.* Quanto temo!

SCENA IV.

Argiro, Amenaida y Fania.

Fan. Toma, Señora, la debida parte
en la pública gloria y regocijo;

celebra ya tan inclitas hazañas:

goza mas que nosotros tal prodígio.

Aniquiló Tancredo valeroso

à los contrarios que iban fugitivos;

Al furibundo Solamir dió muerte;

victima cuyo insigne sacrificio

se debia al estado, à la venganza,

y al lustre de su nombre obscurecido.

Acordes la exigian; y la fama

veloz esparce tan plausible aviso:

rebosando de gozo todo el pueblo

le sigue, y le apellida su caudillo,

su Héroe, su gloria, su unica defensa.

Tambien se habla del trono de que es

digno

por su estirpe.

Señor, solo un guerrero *à Arg.*

à su lado quedó: Aldamon mismo

que militó à tu orden: solo el tubo

parte en sus hechos tan esclarecidos:

Quando llegaron nuestros Capitanes

à librar à Tancredo del peligro,

le hallaron ya triunfante y sin contra-

rios.

No oís del pueblo tan alegre victor?

por todas partes suenan los elogios

de

de sus proezas. Le destinara sitio superior, al que ocupan en el templo de la fama los Héroes que principio diéron à su nobleza. Venid presto. Mil laurelas vereis entretexidos ceñir su frente. Asistiteis al triunfo...

A Amenuida.

Señora, el homenaje à ti debido dichosa admitirás. Ya se te muestra todo risueño: de tu hado impio oy lograrás vengarte, y à Tancredo à tus ansias en fin verás sumiso.

Ame. Ya siente mi alma lo que es gozo. Padre!

adoremos al Cielo, que propicio el bien que antes perdí me restituye, y me redime del mayor martirio.

Oy empiezo à vivir, oy à su colmo llega mi dicha, y al perpetuo olvido doy mi afliccion. Perdoname las quejas, los graves cargos que Amenuida te hizo, sus debiles recelos, sus temores.

Los flacos y tiranos enemigos del gran Tancredo, ciudadanos, vulgo, à sus pies os rendió; presto à los mios amante le vereis. *Arg.* Si. Para siempre enjugar quiere el Cielo ya benigno, nuestras copiosas lagrimas... Oh dicha! sino me engaño, alli à Aldamon diviso; A Aldamon, el que fiel siguió à Tancredo,

sin apartarse de el, en él peligro... El es, aquel guerrero, tan amado de mi familia siempre. Ya respiro! fundado es nuestro gozo...

Pero triste... *pausadamente.* muestra el semblante. Si le habrán herido?

SCENA V.

Argiro, Amenuida, Aldamon y Fania.

Ame. Habla pues, Aldamon. Conque Tancredo victorioso?

Ald. Señora.. *Ame.* ¿ En este dia, à Siracusa llegará triunfante al son de alegres canticos y vivas?

Ald. Presto en clamores lugubres, trocados los canticos verás. *Ame.* Otra desdicha!

Ald. Este dia fatal que ha coronado su gloria, es el postrero de su vida.

Ame. Qué es lo que escucho! dí. Nada me ocultes.

Tancredo ha muerto!...

Dolorosamente.

Ald. Vive todavia.

Mas le traspassa el pecho mortal golpe. En esta carta con su sangre escrita

Sacando una carta cerrada.

se despide de ti: sin duda en ella sus últimos afectos significa.

Temblando cumpla tan fatal encargo.

Arg. Oh! tiempo de furor y de agonía!

Amenuida como volviendo en si.

Ame. Dame pues la sentencia de mi muerte.

Como un precioso dón mi alma la estima.

Ah Tancredo! mi bien, dueño absoluto

de mi destino! la orden que me envias,

qualquiera que ella sea, la contemplo

como orden que me dás de que te siga.

A obedecerte voy.

Dame esa carta. *à Aldamon.*

en que mi mal, mi bien, mi fin se cifra.

Aldamon dando la carta.

Ald. Lé, y perdona mi funesto oficio.

Ame. ¿ Podreis, ojos, leer letras escritas con tal sangre? es preciso... de mi hado será esta la postrera tiranía!

Lee. Despues de tu traicion, ni un solo instante

vivir me es permitido, mas advierte

que si en la guerra pierdes à tu amante,

eres, ò ingrata, quien le dás la muerte.

Quando salvé tu vida; quien en vano

salvar tambien tu honor quiso mi mano.

Conque en fin, padre...

Dexase caer en los brazos de Fania.

Arg. En fin, nuestro destino

sació todo el encono de sus iras.

Ni que temer, ni que esperar nos queda:

ni tu estado, ni el mio da cabida

à queza alguna: solo si pretendo,

antes que dexe la mansion impia

del mundo, declarar à nuestra patria

quantos agravios, quantas injusticias

se han echo à tu virtud. Declarar quiero

à todo el universo, amada hija,

la gloria de tu nombre.

Ame. ¿ Que me importa

en mi dolor profundo, quanto diga

mi injusta patria, el Universo todo;

si he perdido à Tancredo?

Arg. Suerte esquiva!

à tus atrozes golpes ya me rindo.

Ame. ¿ Será posible, ò Cielo, que permitas

muera Tancredo, sin saber su engaño?

A su padre. Tu eres la causa , tu , de esta desdicha.

Antes que espire , padre...

Mas qué es esto ?

Los tiranos se ofrecen à mi vista ?

SCENA ULTIMA.

Loredano , Caballeros , Amenaída , Argiro , Fania y Aldamon.

Lor. Oh infeliz hija ! oh padre desgraciado ! pasado todo el pecho de mortales heridas , os trahemos à aquel héroe que de su ciego ardor dexo llevarse , y resolvió morir muerte gloriosa.

Ya los arroyos de su noble sangre vertida por la patria , hemos parado. Parece que aquella alma heroyca y grande,

para ver à Amenaída se detiene.

Llamaba à voces por su nombre , y caen lagrimas de los ojos que le miran:

caso inaudito !... El corazon me parte !

voráz remordimiento me consume.

Mientras habla Loredano , acercan poco à poco à Tancredo , àcia donde Amenaída está , casi desmayada en los brazos de sus criadas. Apartalas de si precipitadamente ; y volviendo con horror àcia Loredano , le dice.

Ame. Tan subita piedad , de donde nace ?

Barbaro !... Ahora ?.. Tu , remordimientos ?...

Despues corriendo àcia Tancredo , y echándose à sus pies.

Oh Tancredo ! tirano y dulce amante !

dignate de atender à mi inocencia.

De Amenaída tu vista no , no apartes.

Mi profunda afliccion mira , y consiente

que en la tumba tu esposa te acompañe.

Solo à este honor mi corazon aspira.

Tu aquel nombre me diste. ¿ Y que privarme

intentarás de nombre tan sagrado ?

¿ serás mas inflexible en este trance ,

que han sido tus contrarios y los míos ?

vuelve à mirar à esta muger constante.

¿ Será esta la postrera vez acaso ,

que se dirija à mi tu rostro amable ?

¿ time si me aborreces ?

Tancredo procurando levantarse , y volviendo à caer.

Ame. Ah Traydora !

Ame. Quien ? yo ? Tancredo ?

Argiro poniendose tambien de rodillas al lado opuesto que Amenaída , abrazando à Tancredo ; y despues levantandose.

Arg. Ay triste ! Señor , sabe que si à morir ha sido condenada , no ha sido otra la causa que el amarte. Crueles contigo fuimos y con ella ; las leyes patrias , nuestros Capitanes , y un tribunal augusto erraron todos : ella sola era justa , y el desastre causó principalmente aquella carta. A ti se dirigia : asi no estrañes que te engañase yo , pues à mi mismo me engañé por mi mal.

Tancredo levantandose otra vez un poco.

Tanc. Que dices padre !...

Amenaída ! es posible ? tu me quieres ?

Ame. Digna en efecto del suplicio infame de que me redimiste yo seria.

si te hubiese olvidado un solo instante , y sido ingrata , infiel...

Tancredo cobrando alguna fuerza , y alzando la voz.

Tanc. Qué ! tu me amas !...

ò bien , mayor mil veces que mis males !

Ya de morir me pesa. Pero es justo

que no pase el vivir mas adelante ,

pues creí ciegamente à la calumnia.

Mi vida era infeliz hasta poco hace.

Y la pierdo al punto que debia

convertida en dichosa y apreciable

una palabra tuya ! *Ame.* ¿ Unicamente,

Dios poderoso , en este horrible lance ,

y solo quando pierdo al dueño mio ,

me será permitido que le hable ?

Tanc. Esas lagrimas tuyas me consuelan.

Pero en fin , es preciso abandonarte.

Mi muerte se apresura.

Esta es Argiro *à Arg.*

la que me supo dar , supo guardarme

su fé , y ha sido victima inocente

de mil sospechas é inhumanidades

en que hemos incurrido. Une à su mano

esa mano tenida en propria sangre ,

para que asi al suplicio llevar pueda

el nombre de su esposo... Se mi padre.

Argiro tomándole las manos.

Arg. Hijo querido , (ay Dios !) ojala vivas ,

para que fiel tu esposa te idolatre.

Tanc. Pues que vengué à mi patria , y à

mi esposa ,

ya Señor , he vivido lo bastante.

Mue-

Muero en los brazos de ambas, de ambas digno,
en fin, de ambas amado. A completarse
llegaron oy mis votos... O Amenaida!

Ame. Es posible, mi bien?

Tanc. Palabra dame

de no imitar mi muerte: vive... *cae muert.*

Cat. Ay Cielos!

ya espira... y nuestros pechos que tan
tarde

lograron conocerle...

*Amenaida arrojandose sobre el cuerpo de
Tancredo.*

Ame. Que! vosotros,

vosotros que la vida le quitasteis,

llorais por él? oh barbaros! tiranos!

Levantase, y dá algunos pasos diciendo.

Abrase el centro de la tierra y trague
à quantos veo, à Siracusa toda.

A ese senado y à la abominable
autoridad que exerce, derramando
segun su antojo la inocente sangre,
con el mismo puñal de su justicia.

Oh! si esta vida yo acabar lograrse,
en la ardiente ceniza de mi patria!

oh! si me convirtiese yo en cadaver,

sobre los vuestros propios!...

Vuelve à arrojarse sobre el cuerpo de Tancredo.

Ah Tancredo!

Tancredo! mi Señor!... qué? muerto
yace,

y vosotros vivis!.. *levantandose furiosa.*
mas ya le sigo.

Su voz me llama, y manda le acompañe
en las horribles sombras de la tumba.

Quedaos à sufrir las penas graves
que os aguardan à todos.

Cae en los brazos de Fania.

Arg. Hija mia!

*Amenaida fuera de si impeliendole con la
mano en el pecho.*

Ame. Detente. Aparta. No eres ya mi padre

Perdona à mi furor.. Complice fuistes:

ay infelíz de mi!... Tancredo! sabe

que tuya soy, que fiel te adoro y que
ahora

espiro en esos brazos, dulce amante.

Cae al lado de Tancredo.

Arg. Hija!... Amenaida!... Haz pues,

Fania querida,

que anses que muera yo, cobre la vida.

FIN.

CON LICENCIA.

Barcelona: En la Oficina de Pablo Nadal, calle del Torrente
de Jaqueras. Año de 1798.